



ECOS DEL FORO

Candela Dessal

La participación en el Foro “El malestar en la democracia” ha sido para mí una experiencia muy enriquecedora. Ciertamente no dimos con la receta de la emancipación política y moral para la humanidad, pero sí con la serenidad interna de haber comprendido un poco más por qué somos como somos y estamos donde estamos. Se diría que la constatación de que nuestro malestar es irreductible es una asimilación derrotista del *status quo*, y sin embargo, del mismo modo que la función analítica sobrevive a los imperativos del goce, podemos aún dialogar con la expectativa de algún orden de emancipación.

La fuente de esta nueva presentificación del malestar que nos invade hoy es el triunfo del discurso que se enuncia bajo el lema thatcheriano *there is no alternative*, y encubre su perversa manipulación del poder bajo el significante intocable “crisis”. Hace dos años España no estaba peor que hoy, sin duda nos encaminamos a mayor ritmo hacia el abismo. Lo mismo se diría de Grecia, Portugal o Italia. Y sin embargo, nuestra capacidad de resistencia y oposición está en notoria decadencia. Los estudiantes universitarios pagan el doble por su matrícula que hace dos años, pero todos los esfuerzos honrosos de un grupo de profesores, administrativos y alumnos por convocar una huelga general indefinida han sido vanos y se han estrellado contra una apatía incomprensible. Por ello, cuando uno se pregunta cómo todo esto es posible sólo le cabe pensar en un país en el que pudo gobernar un tirano cuarenta años y morir en su cama,

no muy lejos de lo que vivió Portugal y en parte Grecia (de la que cada día, a propósito, se habla menos). ¿Cómo afecta esta particularidad sociológica a nuestro destino nacional?

Es verdad que el fenómeno del malestar en la democracia no se reduce al sur de Europa, pero también es cierto que bajo el significante “democracia” se cobijan diversos significados, y que no es lo mismo quejarse de la democracia en Suecia que en Francia, en España que en Rusia. Tampoco es lo mismo cómo hemos llegado los españoles a nuestro sistema que el proceso que está viviendo Latinoamérica. La mediocridad (por ser condescendiente y no decir algo peor) de lo que denominamos “clase política” –con excepciones limitadas- es desmoralizante, pero no menos desconcertante es la respuesta de gran parte de la sociedad española, esto es, la no respuesta; aquella “mayoría silenciosa” que alababa Rajoy irritándonos, pero que no deja de “no estar ahí”.

Por otro lado, afortunadamente, la singularidad del sujeto es consustancial al mismo, y el psicoanálisis en ese sentido tiene un papel muy importante al desvelarnos ese irreductible de la condición humana que hace que no podamos catalogar ni dar explicaciones universales a condiciones complejas y polifacéticas, aunque ello no nos impida querer saber qué suelo pisamos. Hannah Arendt, en varias de sus obras, expresó algo muy importante acerca de las revoluciones burguesas que dieron lugar a lo que en Europa llamamos democracia, y es el hecho de que se extendieron los derechos sociales, pero la cuestión fundamental del reparto del poder, aquello que crea el significante “democracia”, quedó sin resolver. Es lo que Arendt denominaba “el derecho a tener derechos”, la única libertad política por ella concebible no era estar libre de responsabilidad con los asuntos de la comunidad y ocuparse del ámbito privado, como nos ha hecho creer el liberalismo, sino muy al contrario, el derecho a participar activamente en el gobierno. Es esta deuda en el programa democrático lo que ha permitido que en el momento en el que ese equilibrio de fuerzas entre lo que Jorge Alemán denomina “acreedores y deudores” se ha roto, los deudores perdemos nuestros derechos sociales, y además, alimentamos la culpa inoperante del superyo.

Ahora sabemos un poco mejor dónde estamos, reclamar credulamente un Estado de bienestar es una ficción que puede ser manipulada, pues el sujeto camina siempre a cuestas con su malestar, pero ello no quita que a lo largo de la historia el ser humano se haya liberado de varias cadenas (aunque a veces las haya cambiado por otras) y

conquistado algunos derechos. La ingenuidad de ciertos discursos emancipatorios y la “esforzada indiferencia” hacia esa condición de falta en ser que demuestra el psicoanálisis, le han hecho continuamente retroceder ante sus conquistas. Pero todo sujeto, precisamente por estar constituido en la falta, tiene la capacidad y la responsabilidad de reinventarse y crear nuevos discursos. La batalla se juega hoy en el campo de la política en su sentido más profundo, ése al que hacía alusión Hannah Arendt, y es desde ahí desde donde cabe seguir pensando, ya seamos psicoanalistas, filósofos, o “simples” seres sexuados, hablantes y mortales.